

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

DIRECTOR: JOSÉ ORTEGA MUNILLA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
MESONERO ROMANOS, NÚM. 31

15 DE ENERO DE 1894

PRECIO DE ESTE NÚMERO
10 CENTIMOS EN TODA ESPAÑA



EN EL RETIRO

Ayuntamiento de Madrid

VITORIO

«Sí, señores míos—dijo el viejo marqués sorbiendo una pulgarada de *cucarachero*, golpeando con las yemas de los dedos la cajita de concha, lo mismo que si la acariciase.—Yo fui, no solo amigo, sino defensor y enebridor de un capitán de gavilla. ¿No lo creen ustedes? ¡Histórico, histórico! A mi ladrón le ahorcaron en Lugo, y consta en autos.

Lo que se ignoró siempre (los jueces, en ese punto, no consiguieron hacer ni tanto así de luz) es el verdadero nombre que llevaba el ladrón allá en sus mocedades, antes de dedicarse á tan infamante oficio, cuando se educaba conmigo en el Colegio de Nobles de Monforte. Desde que se metió á capitán de foragidos le conocieron por *Vitorio*; así le llamaremos: libreme Dios de echar baldón sobre una familia antigua é ilustre, y de deshacer lo que el pobrecillo llevó á cabo con el valor que Vds. verán si me atienden.

Les aseguro que en el Colegio de Nobles no tuve compañero que me pareciese más simpático. De carácter vivo y vehemente, de inteligencia clara y feliz memoria, estudiaba con suma facilidad; los maestros estaban encantados de él. Al mismo tiempo, travesura que en el colegio se ejecutase era sabido: ¿quién la discurre? Vitorio. No sé qué maña se daba que siempre era cabeza de motín, y todos nos poníamos á sus órdenes, reconociendo su iniciativa y autoridad. Era en sus resoluciones tenacísimo y violento, pero pundonoroso hasta dejárselo de sobra, y si alguien me dice entonces que Vitorio pararía en ladrón, creo que al tal le deshaigo yo la cara á bofetones.

Como siempre fui enclenque y enfermizo, Vitorio me había tomado bajo su protección, y más de una vez escarmentó á los colegiales que me jugaban pasaditas. Esto, y el ascendiente que ejercía por su manera de ser, hicieron que yo fuese consagrando á Vitorio apasionada adhesión.

Un día recibió Vitorio cartas de su casa, y con ellas la amarguísima noticia de que su padre, que era viudo, se disponía á contraer segundas nupcias. El paroxismo de ira del muchacho, que adoraba en el recuerdo de su madre, fué tremebundo: espumaba de rabia, se retorció, se quería romper la cabeza contra la pared del dormitorio. Le consolé lo mejor que supe, y cuando ya le creía aplacado, he aquí que se levanta de noche y me propone que nos descolguemos por la ventana atando las sábanas unas á otras, y que, andando diez leguas, lleguemos á impedir la boda de su padre. La fascinación de Vitorio era tal que al pronto consentí en el absurdo proyecto, y si invencibles dificultades materiales no nos lo estorbasen, creo que lo realizamos.

Poco tardé en salir del colegio, y en bastante tiempo nada supe de Vitorio. Estudié derecho en Compostela, me casé, enviudé, y teniendo que arreglar cuestiones de intereses me establecí en mi casa de aldea de los Adrales, situada entre Monforte y Lugo, en país montañoso.

Hablábase mucho, en las veladas junto al fuego, de la gavilla que recorría aquellas inmediaciones, y de la original conducta de su jefe. Contábase que tenía prohibido matar y atormentar, á menos que le hiciesen resistencia; que jamás despojaba por completo una casa, sino que siempre cuidaba de dejar algún dinero á los robados, para que no careciesen de todo en los primeros instantes; que algunas veces sus robos llenaban el fin de reparar injusticias de la suerte, pues daba al pobre lo del rico, al segundón lo del mayorazgo, al seminarista lo del racionero y al arrendatario lo del señor. Añadían que era galante con las damas, y que éstas, aunque robadas, no le querían mal, ni mucho menos. En resumen, la clásica silueta del *bandido generoso*; y si de Vitorio no hubiese más que decir, se podía ahorrar el relato ó sustituirlo por historias muy análogas, verbigracia la de José María.

Aun cuando yo, por precisión, guardaba en casa dinero (entonces no era tan fácil como hoy ponerlo á buen recaudo), y aunque no alardeo de valiente, ello es que las noticias referentes á la gavilla me alarmaron poco, y seguí cenando siempre con las ventanas abiertas—era muy calurosa la estación,—y quedándome entretenido en leer hasta que me entraba sueño, sin pensar en cerrarlas. Una noche, estando bien descuidado, cáta-te que, lo mismo que una bala, cae á mis pies un hombre, pálido, demacrado, con la ropa hecha trizas, y sin que yo tuviera tiempo á nada, exclama cogiéndome de un hombro en tono lastimero: «Sálvame, Jerónimo. Soy Fulano... tu compañero, tu antiguo amigo. Me persiguen. Mi vida está en tus manos.»

Le hice seña de que no temiese; corrí á trancar la ventana con barra doble; cerré también las puertas, y tendí los brazos á Vitorio, porque ya le había reconocido. Aunque desfigurado y muy variado por la edad, reconstruí aquella cabeza hermosa, morena, de facciones tan delicadas y de tan viril expresión. No sin gran sorpresa mía, Vitorio se resistió á abrazarme, y murmuró fatigosamente: «Dame algo... hace tres días que no pruebo alimento.» Le serví de la cena que aun estaba allí sin recoger, y así que reparó sus fuerzas me dijo: «Jerónimo, no me abrases. Soy el capitán de gavilla de quien tanto habrás oído, y por milagro no estoy en poder de los que quieren ahorcarme. Si me conservas al-

gún cariño ocúltame y déjame dormir; si no, échame, pero no digas á nadie cómo y dónde me conociste...»

Existía en los Adrales un precioso escondrijo antiguo, una especie de desván practicado bajo otro desván, oculto por un segundo tabique, y con salida á una escalerilla recatada en el hueco de la pared, y que moría al pie del bosque. Allí metí á Vitorio, y aunque la fuerza que le perseguía rodeó mi casa, y aunque se la dejé registrar sin oponer reparo, no encontraron al fugitivo, ni era posible, á no estar en el secreto, que solo sabíamos el mayordomo y yo. Conjurado el peligro, no quise que se alejase Vitorio hasta que descansó bien, se lavó, se afeitó, se vistió con ropa mía, y tuvo en el cinto dos ricas pistolas inglesas y en la bolsa oro. No le pregunté palabra, no le dirigí observaciones ni le di consejos, y esta delicadeza fué sin duda la que le movió á decirme poco antes de marchar: «Jerónimo, ¿te acuerdas de la boda de mi padre y de aquel disparate que queríamos hacer en el colegio? Pues de no hacerlo vino mi perdición. Cuando llegué á mi casa encontré dueña de ella una madrastra que obligaba á mi hermana á que la sirviese, y que hasta la pegaba delante de mí, ¡delante de mí! Tú me has conocido... recordarás mi carácter... ¡Asómbrate! yo, al pronto, supe reprimirme, y hablé á mi padre como un hombre habla á otro hombre. Le dije que quería llevarme á mi hermana, y que solo le pedía algún auxilio en dinero para que ella no se muriese de hambre. Me contestó con desprecio, con enojo, y me ordenó que respetase á mi madrastra. Entonces, fuera de mí, le dije que mi madrastra no merecía respeto, y que se lo demostraría antes de un año. Y así fué, Jerónimo: á los pocos meses mi madrastra y yo... ¿Entiendes? ¡Me lo propuse y lo conseguí... lo conseguí! Por *aquello* y no por *lo de ahora* merezco que me cojan y me ahorquen... En fin, lo cierto es que mi padre no pudo dudar de su afrenta, y me echó de casa maldiciéndome, apaleándome y prohibiéndome que usase su nombre jamás. El resto ya lo sabes... Adiós; voy á reunirme con mi gente, que andará esparcida por la montaña.»

Desapareció, y supe que la gavilla se había retirado de aquellos contornos, metiéndose sierra adentro, por sitios casi inaccesibles. Dos años después del imprevisto lance, se habló mucho de un robo cometido por Vitorio en casa de un señor canónigo de Lugo. Consistía la originalidad en que el robo lo había realizado Vitorio sólo, en una ciudad y á las doce del día. Hallábase juntos el buen canónigo y cierto clérigo de misa y oíla, jugando al tute, por más señas, cuando vieron entrar á un caballero apersonado y galán, que les saludó muy cortesmente. «Soy Vitorio»—dijo—«pero no se asusten ustedes, que no traigo ánimo de hacerles ningún mal. Entendámonos como se entiende la gente de buena educación; vengo por los cinco mil duros en onzas de oro que el señor canónigo guarda ahí, debajo de esa arquilla; con levantar un ladrillo numerado, aparecerá el escondrijo.» «¡Cinco mil duros!» gritó el canónigo más muerto que vivo; «pero, señor de Vitorio, ¡si jamás he poseído esa suma!» Y el clérigo, oficiosamente, exclamaba: «Ea, señor canónigo, no haya más; dé Vd. al señor de Vitorio esos cuartos, siquiera por la gracia y la amabilidad con que los pide.» «Déselos Vd., si los tiene y no disponga de caudales ajenos,» replicaba afligido el canónigo. Y Vitorio, siempre afable, añadía: «Bien dice el señor canónigo:—este cura, mientras le aconseja á Vd. que se desprenda de tan gruesa suma, se está escondiendo en la pretina una tabaquera de plata; como si Vitorio fuese algún ratero que coje porquerías semejantes. Pero, señor canónigo, yo sé que los cinco mil duros ahí están; yo me veo en un grave apuro (que si no, no molestaria á persona tan repetable como usted). Buen ánimo: si puedo he de restituírselos.» Y con gallardo ademán entreabrió su abrigo, viéndose reducir la culata de unas pistolas (quizá las mías). El trémulo canónigo y el abochornado clérigo alzaron el ladrillo y entregaron á Vitorio los talegones. El foragido se inclinó, hizo mil cortesías, y los dos hombres, que con un grito hubieran podido perderle, se quedaron más de diez minutos sin habla, mientras él, tranquilamente, bajaba las escaleras.

Sin embargo, el clérigo, que era sañudo y rencoroso, la tuvo guardada, como suele decirse. Un día de feria, saliendo de la Catedral, creyó reconocer á Vitorio en un aldeano que llevaba á vender una pareja de bueyes, y le siguió con cautela. Notó que el aldeano tenía las manos blancas y finas, y corrió á delatarle. Hizo rodear la taberna donde había observado que entraba, y así cogieron en la ratonera al célebre capitán, á quien ya sin esperanzas de alcanzarle perseguían por montes y breñas.

La causa de Vitorio tardó mucho en fallarse. Se surraba que por ser de muy esclarecida y calificada familia no se atrevían los jueces á mandarle ahorcar, y que si revelaba su verdadero nombre, se le dejaría evadirse, ó le indultaría la reina. Yo me encontraba entonces lejos de mi país, y las noticias, en aquel tiempo, no volaban como ahora. Por casualidad llegué á Lugo el mismo día en que pusieron en capilla á Vitorio. Corrí á verle, afectadísimo. Habíamne asegurado que, la noche anterior, una dama muy tapada, penetrando en la prisión, habló largo tiempo con Vitorio; y sospechando amorios, compromisos, lazos que quedaban en el mundo, pregunté á mi antiguo compañero si tenía algo que encargarme para alguna mujer. «No,» respondió son-

riendo con calma: «no tengo á nadie que me llore;» la señora que estuvo á verme ocultando el rostro, es mi hermana, á quien he prometido solemnemente dejarme ahorcar sin que me arranquen mi nombre de familia. Y este es el único favor que te pido, Jerónimo: ¡que nadie, nadie sepa nunca!... No he de deshonrar á mi padre dos veces.»

En efecto, Vitorio murió callando: el clérigo de la tabaquera de plata acudió á presenciar cómo perneaba en la horca; pero el señor canónigo, que no podía olvidar los finos modales con que le habían quitado sus cinco mil duros, aplicó muchas misas por el alma del infeliz

Emilia PARDO BAZÁN.

Chispas

—Que si va, que si no va...
—que si agrada ó si no agrada,
—que esto y lo de más allá...
digo á usted que la embajada
en historia pica ya.—

Así la prensa discurre,
y así el público murmura,
pues mirando lo que ocurre
el calmoso se sulfura,
y el impaciente se aburre.
No me importa un calcetín,
pero, pensando á mi modo,
se me ha puesto en el magín
que habrá embajada por fin
con sus regalos y todo.

Pues me consta que el sultán,
que siempre ha querido bien
al pueblo de Abderramán,
á cuantos á verle irán
ha dispuesto que les den
un frasco de agua de olor,
una espingarda, un caballo,
y un billete de favor
para entrar en el Serrallo
con Kandor ó sin Kandor.

La gente, que circula
por todas partes,
debe asomarse al Circulo
de Bellas Artes,
donde exponen los socios
lindas pinturas,
que es lástima, por cierto,
no estén á obscuras;
pues de no ser exacto
lo de *ir por lana*...
yo me las llevaría
de buena gana.

¡Qué triste invierno, Dios mío!
¡compadezco á los que piden!
¡cuánta nieve! ¡cuánto frío!
¡cuánto bolsillo vacío!...
¡y cuánto corazón iden!

Manuel del PALACIO.

POETAS MEXICANOS

—Es un calavera del que no puede sacarse partido alguno—gritaba el padre de Mirabeau, lleno de coraje, en aquellos días en que andaba *el hijo prodigo* abrumado de deudas y reñido con la aristocracia francesa. De igual modo debió exclamar el padre de Díaz Mirón cuando supo de los desafíos y proezas callejeras del poeta. Y es fama que Salvador nunca rehusó disputa ni esquivó lance que se le antojara de honor, aun sabiendo que en él le iba el escándalo muy cerca, ó que muy cerca le andaba la muerte acechando.

Há tiempo que no sé de él.

Si reapareciese contrito y arrepentido, ó hecho ya á la austeridad, en vía de juicio, me causaría pena. Lo digo formalmente: me dan placer estos temperamentos irrefrenables que solo obedecen á las explosiones de sus almas. ¡Ojalá se le entre tarde el reposo en el ánimo y la calma en el carácter!

De ahí que no haya en la lírica mexicana quien le sobrepuje en genio. Ha comprendido la verdadera misión de la poesía y profesa el apostolado en grande. Es grande en todo.—«El mar es como tú»—le dijo Gutiérrez Nájera.

Refleja el cielo cuando está dormido,
y en sus momentos de furor lo escala.

Una vez que se le quejó la novia, entristecida por los excesos y desórdenes que le señalaban como exaltado, escribió osadamente las siguientes estrofas:

No intentes convencerme de torpeza
Con los delirios de tu mente loca:
Mi razón es al par luz y firmeza,
Firmeza y luz, como el cristal de roca.

Fiado en el instinto que me empuja
Desprecio los peligros que señalas:
«El ave canta aunque la rama cruja,
¡Como que sabe lo que son sus alas!»

Deja que me persigan los abyectos,
Quiero atraer, la envidia aunque me abruma:
La flor en que se posan los insectos
Es rica de matiz y de perfume.

El mar es el teatro en cuyo foro
La virtud, esa trágica, descuella,
Es la sílaba de palabra de oro,
La sombra que hace resaltar la estrella.
¡Alumbrar es arder! Estro encendido
Será el fuego voraz que me consuma:
La perla brota del molusco herido
Y Venus nace de la amarga espuma.

Los claros timbres de que estoy ufano
Han de salir de la calumnia ileso:
Hay plumajes que cruzan el pantano
Y no se manchán... ¡mi plumaje es de esos!
Fuerza es que sufra mi pasión. La palma
Crece en la orilla que el oleaje azota:
El muerto es el náufrago del alma
Vivo se hunde, pero muerto flota.

Depón el ceño y que tu voz me arrulle,
Consuela el corazón del que te ama;
Dios dijo al agua del torrente: ¡bulle!
Y al lirio de la margen: ¡embalsama!
Conformate, mujer. Hemos venido
A este valle de lágrimas—que abate—
Tú, como la paloma, para el nido,
Y yo, como el león, para el combate.

Esto es ser poeta. Y el que ambicionando deslumbrar se encuentre falto de tales alientos, no debe escribir versos. Por otra parte, la poética debe sufrir una transformación completa, toda vez que es tan difícil conmovir el corazón, en este siglo, con los mismos cantos, los mismos gritos y las mismas quejas de los poetas antiguos. La novedad de la forma y la expresión—como la forma y expresión del poeta que juzgo—es lo que requieren las civilizaciones modernas. He de repetir lo de siempre de los rimadores rutinarios y de los imitadores vulgares. Mientras se escriban *beequerianas*, que no se pueden imitar; mientras se busquen acentos e inspiraciones en Espronceda; mientras no se consiga ser absolutamente original, como Juan Richepin y Díaz Mirón, decaerá la poética, igual en España que en América, de manera lastimosa. Querer conmovir con los mismos ayes, ó violentar el sentimiento cuando el sentimiento se niega á dar hospitalidad á lamentaciones ya oídas, es creer que la humanidad se detiene ó retrocede á los tiempos del Asia antigua, de la Roma decadente y de los moradores de la Edad Media. Hay que apelar á otros resortes para dar vida al arpa renovadora del espíritu, porque ya el consonante, que fué música en las liras que ayer enamoraron por sonoras, es hoy el antifaz con que cubren su deformidad los que no tienen en su abono la fuerza y galanura de poetas como éste.

Yo no quiero reconocer los defectos de Díaz Mirón, porque cuando se encuentran versos tan valientes, ideas tan flamantes, conclusiones tan soberbias, creo que entrar en esos estudios críticos minuciosos, que recorren inquisitorialmente la obra en nombre de las cuatro partes de la Gramática, es, aparte de una estupidez solemne, una solemne pedantería en el que juzga.

Los abogados de Peza, los que tienen á toda hora en los labios las cuartetas que éste escribió en la muerte de Hugo, lean los fragmentos de esta oda:

¿Qué palabra mejor que la que canta?
¿Qué timbres de más prez que los que encierra.
Ese rey triunfador, á cuya planta
Es un mezuquino pedestal la tierra?
¿Qué fuerza más divina
Que la de ese Titán que escala el cielo
Desafiando el rayo que fulmina
Todo lo que se empina
Sobre este bajo y miserable suelo?...

Bien dignos de Víctor Hugo son los versos: el sublime muerto debe de ser cantado así, por poetas de su talla.

¡El condor gigantesco de los Andes,
El buitre colosal de orlado cuello,
No ha batido jamás alas tan grandes,
Ni ha visto tan de cerca un sol tan bello!

La ráfaga que zumba
No ha de apagar la estrella;
¡Dejad que al fin el trovador sucumbal
¡La luz de su estro, como nunca, bella,
Brotará por las grietas de su tumba!

Ahí se puso de pie para cantar. No se puede pedir más vigor.

¡Oh! soñador excelso! ¡Yo te he visto
Tocar el cielo en el batido estuario,
Ara de tu ideal! ¡Tú, como Cristo,
Completaste el Tabor con el Calvario!
Misionero de luz propicio al ciego,
Tu genio, semejante á un meteoro,
Llovió desde el cenit lenguas de fuego,
Y abrió en la inmensidad surcos de oro.

Y luego que enumera con lengua milagrosa las virtudes del egregio francés, se traslada á las soledades del

destierro, allá, donde apostrofó con frase encendida, á los tiranos, el peregrino de la libertad.

Envueltos en su túnica inconsutil
Fus veinte años de destierro gimen...
El crimen te absolvió... Pero fué inútil.
Tú no absolviste al crimen.

Y agrega recordando á la Francia de Napoleón III:

¡Profanado el augusto tabernáculo
Y erguidos y triunfantes los protervos!
¡Apagada la zarza en el pináculo
Y allí agrupados en festín los cuervos!
¡El pueblo subyugado por la tropa,
El pueblo audaz, que con ardor fecundo,
Dando su sangre en holocausto á Europa
Reivindicó la libertad del mundo!...
¡Radiante y vencedor el culto falso!
¡La virtud perseguida con encono!
¡El deber espirando en el cadalso!
¡Y la infamia sentándose en el trono!
¡Oscurecido el sol! ¡La Francia esclava!
—¿En dónde estaba Dios que no veía,
Puesto que así dejaba
Prevalecer la noche sobre el día?...

Aunque Díaz Mirón no hubiera escrito mas que ese trozo de poesía pindárica, con él bastaba para ganarse puesto de celebridad en América... ¿Quién, entre los poetas que lamentaron con plañidera musa la muerte de Víctor Hugo, fué más original? ¿Quién cantó con mayor fuerza? ¿Quién más conceptuoso? ¿Quién encontró más alientos ó más soberbias entonaciones para forjar estrofas que estallan con estrépitos de truenos?...

No hubo poeta, desde Méjico hasta la República Argentina, que vistiese frases más gallardas para decirle al maestro:

¡Tu voz reina en el duelo y en la fiesta;
Tus versos son la música sublime
No de una lira sino de una orquesta!
No hay nota por tu acento no emitida;
Tan grande en la inquietud como en la calma,
Tocas todo el registro de la vida.
¡Recorres todo el diapason del alma!
Siempre con igual éxito tu numen
Brotó en odas, idilios y elegías;
Y es que en ti se completan y resumen
Píndaro, Anacreonte y Jeremías!

Para cantarle á Víctor Hugo hay que ser grande como él. Y aquí midió el poeta veracruzcano sus fuerzas con las fuerzas del Titán. Es en el único idioma que se le puede elogiar, ó resumir todos los sentimientos en una sola frase, noble y hermosa como la de un pensador moderno cuando dijo refiriéndose á las exequias: Víctor Hugo ha muerto, es decir, ha muerto el poeta-milagro.

La oda que lleva por título *Sursum*, es también admirable; rara es la estrofa que no guarde un luminoso pensamiento, y raro el verso que no sea robusto y opulento. Habla de los bardos que cantan al río, al bosque y á la mujer en momento de peligro para su patria, y los apostrofa de esta suerte:

¡Cantar á Filis por su dulce nombre,
Cuando grita el clarín! ¡despierta, hierro!
¡Eso no es ser poeta, ni ser hombre!

Y continúa recriminándolos y azotándolos y avergonzándolos por cobardes. Les dice que eso es mentir á Dios; que deben sacudirse como Aquiles y morir como Patrolo, batallando:

El numen varonil entra en la arena
Prefiriendo al delirio y al celaje
La ciudad con sus ruidos de colmena
Y el pueblo con sus furias de oleaje;
Y contempla la tierra purpurada
Y toma y alza con piedad sencilla
Un montón de esa arcilla ensangrentada...
Y ese montón de ensangrentada arcilla
Adquiere vida entre su mano estóica,
Vida mortal y fulgurantes alas,
Y en él respira una belleza heróica
Como en la estatua de la antigua Palas.

No pide esa musa prestado á musa alguna: no hay en ella afeites, ni visages, ni coqueterías, ni lágrimas. Ella aquí es Diana que vence y no Andrímeda vencida. Al par que fascina, persuade; carece de ternura, pero denuncia la superioridad del genio: lo que deslumbra, no lo que es frívolo y vulgar.

La mujer misma, la mujer, que arrancó las notas más melancólicas á la lira implacable de Byron, no ha podido desviarlo del sendero que se ha trazado. Cuando alguna llega hasta él, hace como aquel infatigable batallador de Suecia. Saluda bruscamente y le da nueva dirección á la brida del caballo.

Así exclamó una vez:

«Tu lugar no está en mi fragua,
¿Qué te importa la obra mía?
Yo no labro joyas de esas
Que á las mujeres cautivan:
¡Forjo armaduras, escudos,
Cascos, espadas y picas
Para todos los derechos
Que combaten por la vida.»

Refiriéndose á «las cosas sin alma,» aun lo que más dura, á la piedra, al mármol, á la estrella, dice:

¡Oh! no esperéis la eternidad; el lodo
se disuelve en la ola que lo crea,
¡Dios y la idea, por diverso modo
pueden sólo flotar en la marea
del objeto y del ser; Dios sobre todo,
y sobre todo lo demás, la idea!

Tomando sobre sí la alta empresa de vindicar al gran poeta inglés, se vale de esta audacia

«Igual al mar, por tu doblez extraña
Reflejabas el cielo á que tendías;
Y audaz y atronador y hecho montaña,
Te alzabas hasta él y lo escupías!»

No es de los alistados en ese ejército de pálidos y tristes discípulos de Alfredo de Musset. No sabe pintar bosques violáceos, ni palmares que se columpian, ni violetas impregnadas de perfume. Tiene mucho de pagano, de ateo y de patriota. Díaz Mirón comprende que ya no estamos en los tiempos de las canciones bucólicas, de los madrigales, de los *poemittas idilios*, de las trovas delicadas; sabe que desaparecen los bardos de cabello ensortijado, los románticos, los románticos, los que lloran con doña Inés y se emocionan con la pastora de Millevoye. Pinta á la sociedad y la *insulta*; y así, claro, la insulta por montruosa; maldice á los tiranos; escupe á los traidores y abofetea á los miserables con mano omnipotente, como que no conoce la adulación, ni sabe estarse de rodillas ante los déspotas.

De ahí que, tocando la enervante altivez de un compañero, lance estos alaridos homéricos:

¡Rompe en un himno que parezca un trueno!
El mal impera de la choza al sol;
Todo es dolor ó inquietud ó cieno,
Pueblo, tropa, Senado y Capitólio.
¡Canta la historia al porvenir que asoma,
Como Suetonio y Tácito la escriben!
¡Cántala así, mientras en esta Roma
Tiberios reinen y Seyanos priven!
¡Abre la puerta al entusiasmo ausente;
Mueve de un grito el desusado gonce;
Y como á chorros de fusión ardiente,
Vierte en los miembros el vigor del bronce!
Derrama el verbo cuyos soplos crean
La fe que anima y el valor que salva
Y que á tu acento nuestras almas sean
Como las nieblas que atraviesa el alba!
Para el poeta de divina lengua
Nada es estéril, ni la misma escoria,
Si cuanto bulle en derredor es mengua,
Sobre la mengua esparcirás la gloria!

Esto es lo mismo que se ha dicho en otro lenguaje menos valiente, pero que no por ello debe echarse á las espaldas, en los pueblos donde la mayoría de los poetas sean cantores de bocas de granas, de ojazos azules y de cuerpecillos flexibles. Y aunque no lo quieran entender, hay que convencerlos. La empresa no es difícil, ni difícil la tarea. Por otra parte, no cabe revivir en este siglo de energías, los ideales antiguos; no cabe un madrigal de Doral después que se escribió la Marsellesa; no cabe en España el romántico cantar cuando vibra, como una gran campana para que todos los mortales la oigan, la lira egregia de Núñez de Arce; no cabe el erotismo en América mientras se yergue como ciclope de la lírica de México Salvador Díaz Mirón.

Crear lo contrario, es hacerse reo en el juicio que el siglo futuro ha de formular, para honra de los buenos y descrédito de los falsos apóstoles. Entonces... ¡ah! de los acusados.

Miguel Eduardo PARDO.
(venezolano).

NOTAS É IMPRESIONES

Refiere la Escritura que hubo un rey que estuvo siete años convertido en fiera por los bosques, después de lo cual recobró la forma humana. Lo mismo suele suceder alguna vez al pueblo; pasa sus siete años de bestia feroz, y después vuelve á su primitivo ser. Estas metamorfosis se llaman revoluciones; y en ellas, tanto los pueblos como los reyes, adquieren la sabiduría.

Los imperios tienen sus crisis como las montañas su invierno; y así como en éstas una ligera causa motiva el desprendimiento de inmensos montones de nieve, en aquéllas una palabra dicha en tono alto pone en movimiento las pasiones contenidas.

Al hombre grande le sucede lo que al sol, que jamás es tan bello á nuestros ojos como en los momentos en que le vemos más cerca de la tierra: es decir, al salir y al ponerse.

El amor nace de nada y muere por todo.

De varios autores.

DULZURAS MARROQUÍES

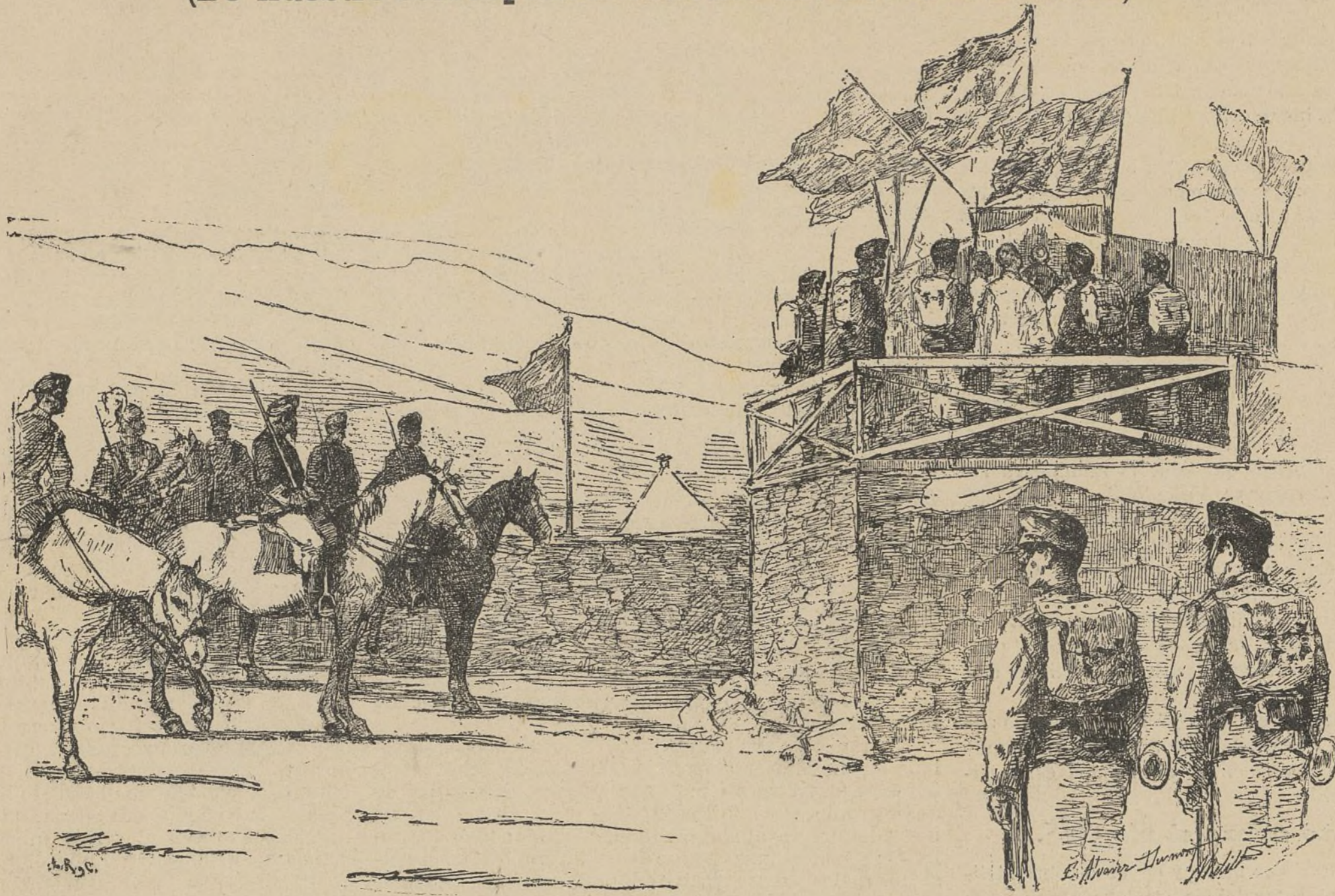


CONDUCCIÓN DE PRISIONEROS

Ayuntamiento de Madrid

APUNTES DE MELILLA

(De nuestro corresponsal artístico Sr. Alvarez Dumont)



La misa en Sidi-Guariax

NOTAS DE LA CAMPAÑA

Madrid, Enero 1894

La misa y la contra-misa.

Uno de los grabados que acompañan á estas notas representa la misa que se dijo en Sidi Guariax para consagrar las obras del fuerte á la Purísima Concepción.

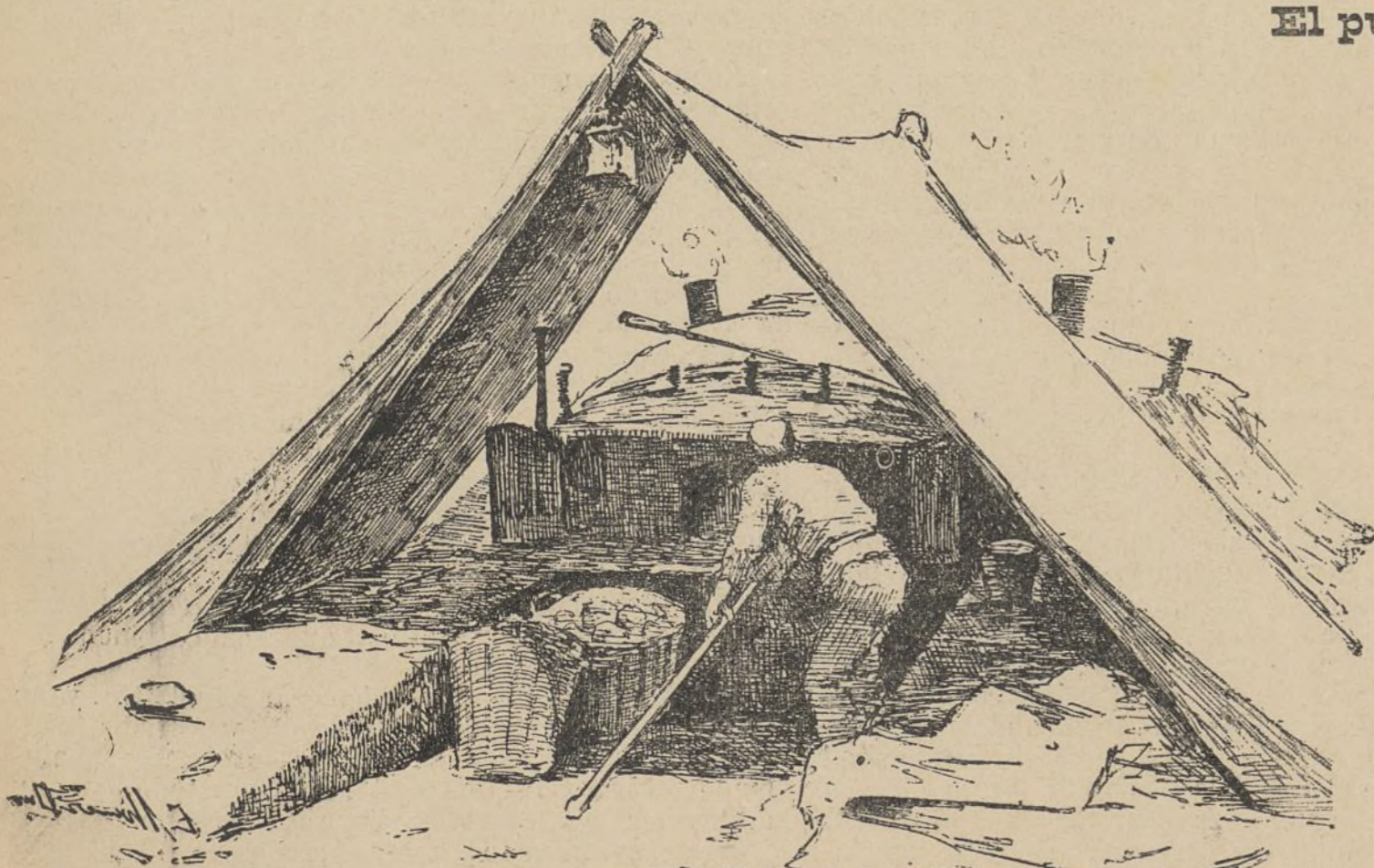
De aquella ceremonia bélico-religiosa, se habló suficientemente en tiempo oportuno.

En cambio, se ha dicho muy poco—y aun creo que no se ha dicho nada—de la que celebraron los moros pocos días después á la vista del terreno recién consagrado y como desagravio á los manes venerados de su gran santón.

Fué el día de la conferencia del general Martínez Campos con Muley Araaf en Sidi-Guariax. Al retirarse el príncipe, los moros se encaminaron en dirección á la derruida mezquita canturreando rezos, haciendo zalemas y levantando al cielo los brazos; y á la estraña comitiva



El puente sobre el río Oro



Horno L'Epinasse.

que formaban unieronse gentes de Frajana, de Mazuza y de Benisicar, y aun algunos de los moros que se hallaban de guardia en la trinchera.

Largo tiempo permanecieron en oración los moros, besando á cada instante el suelo de la sepultura del santón, tan bendito por Allah que ni aun las ciegas y bárbaras granadas de los cristianos han prevalecido contra él; pues mientras hundieron éstas los terrados de casi todas las viviendas de las cercanías, y la misma mezquita fué reducida á escombros, quedaron intactas la tumba del santo varón y la media cupulilla que hoy la sirve de dosel y de protección contra las inclemencias del tiempo.

Desde las obras del fuerte escuchábase el murmullo de las plegarias, y los moros se volvian frecuentemente hacia nuestras avanzadas y hacia el grupo de oficiales de nuestro ejército, que desde la ladera de Sidi-Guariax contemplaba con curiosidad la escena.

Aquella fué la contra-misa de los moros.

El pan del soldado.

En uno de los fosos de la Alcazaba, amplio y de elevados muros, como de tiempo pasado, se halla instalada la tahona del ejército

Formanla puestos en fila doce hornos, iguales al que representa uno de los grabados de esta página, y completan la instalación tiendas habilitadas para amasadería, almacenes, etc.

Los hornos son unos veteranos: algunos de ellos hicieron la campaña de África, lo cual no impide que en sus bóvedas de hierro con piso de ladrillo, se cueza un pan excelente. Pero la tarea de armarlos es un verdadero rompe-cabezas. Cada uno de ellos tiene 202 piezas, y aunque se ha agotado la ingeniosidad humana para facilitar su embalaje y su ajuste, cuesta dos días el abrir en la tierra el foso que necesita el acceso á su boca, el armarlos, el sentar el suelo de losetas y el calentarlos.

Los doce hornos del foso de los Carneros han funcionado sin descanso mientras estuvo en Melilla el completo del ejército de operaciones. Hacían al día diez ó doce hornadas, lo cual representa 144 diarias, y como cada hornada da 180 raciones de pan, el resultado total era de unas 15.000 raciones.

No era bastante, sin embargo, y la administración militar tuvo que utilizar también los tres de plaza que había en Melilla y arrendar los del Polígono.

La harina empleada para el pan del ejército en Melilla es procedente de las fábricas que tiene la administración militar en Córdoba, Zaragoza y Valladolid.

Para el caso de ponerse en marcha el ejército los hornos L'Espinasse no hubieran servido, pues como he dicho requiere dos días su montaje; son buenos para un centro de operaciones, mas no para un avance. El ejército de Melilla, sin embargo, no disponía de otros. En Bilbao están fabricándose hornos Payer, el sistema ideal para campaña que servirán, sin duda, para las próximas maniobras de Calaf ó de Monzón.

No hay que culpar, sin embargo, á los oficiales de administración militar, que desde hace años están pidiendo hornos Payer y que con elementos escasísimos están haciendo mucho en Melilla.

El puente sobre el río Oro.

Cuando el Señor abrió su mano y cayeron sobre Melilla y su campo las cataratas del cielo, y los moros viendo en ello la mano de Dios, aprovecharon el diluvio para llevarse los maderos arrojados por las olas sobre la playa de los Cárbos, descubriéndose que desbordado el río no dejaba paso á la tropa enviada en persecución de los rateros.

—«Un puente á toda prisa!»—gritó el general Martínez Campos.

Y del Mantelete salieron á todo correr cuantos obreros de administración militar había en aquel campamento, empujando cada uno una cuba ó una barrica de las que habían servido para traer los donativos de vino al ejército.

En un santiamén, bajo la dirección de los jefes y oficiales de ingenieros, construyése una almadía haciendo de flotadores las barricas, y de cubierta unos tabloncillos clavados sobre ellas; sujetóse con un cable la balsa, que sirvió para maniobrar; desde ella fueron colocándose en el entonces río y antes arroyo, cubas y barricas rellenas de piedra á modo de pilas y soportes; y sobre el todo amarraron sólidamente tabloncillos que permitieron el paso á la tropa.

Tal es la escena dibujada por Alvarez Dumont.

MANUEL ALHAMA.

ENVIDIA

Tomás García y Jaime Pérez eran amigos inseparables é íntimos, poco más ó menos de la misma edad, pues pasaban de veinticinco años sin llegar á treinta; pertenecían á familias de la clase media, y eran aficionados á la literatura. Casi puede decirse que su amistad y su pasión por las letras les absorbían la vida. Por rara casualidad se veía solo á uno de ellos, y en tal caso, siguiéndole se daba en seguida con el otro, porque cuando no iban juntos estaban citados. Sus compañeros y conocidos preguntaban á Jaime por Tomás, y á éste por aquél antes que por sus padres y hermanas, y las familias de ambos estaban acostumbradas á aquella especie de parentesco voluntario que ellos exageraban con mil piqueñeces y detalles risibles, porque la amistad, como el amor, tiene sus ridiculeces. Frequentaban la misma barbería, se afeitaban los mismos días, usaban tarjetas con los nombres de ambos, se vestían de igual modo, y andaban siempre tan emparejados que aunque el mozo del café viese entrar á uno solo, le ponía tazas para dos, seguro de que el otro había de llegar pronto. Rara vez tenían que esperarse, y allí se estaban las horas muertas. El café, no la bebida sino el sitio, era su mayor delicia. No hablaban mas que de literatura, ya elogiando á sus autores favoritos, ya denigrando á los que tenían por malos, siempre repitiendo con ligeras variantes los mismos juicios, exa-

gerando las alabanzas y censuras con el mismo ardor que si estuvieran fundadas en afectos y antipatías personales.

Además de Jaime y Tomás iban al café, á ciertas horas, algunos conocidos suyos, y todos juntos formaban tertulia, de la cual era el alma, por su ingenio y su gracia, Perico Darro, un muchacho andaluz muy listo, muy descarado, y tan amigo de decir verdades que en fuerza de sincero rayaba en insolente. Mientras Tomás y Jaime estaban presentes no había conversación duradera como no fuese de asuntos literarios: la política estaba prohibida, las mujeres proscritas: el único que allí podía permitirse bromas era Perico Darro, cuya sátira, siempre fundada en algo real, tenía el privilegio de sacar de sus casillas al que era objeto de ella.

Marchábase al cabo de un rato los contertulios, quedábanse solos Jaime y Tomás, y entonces era el comunicarse impresiones, comentar lecturas, referirse asuntos de novelas, planes de comedias, bocetos de poemas, y hasta pensamientos y frases aisladas que, según los antojos de su esperanza, andando el tiempo alcanzarían debido puesto en períodos de castiza prosa ó entre tiradas de versos admirables.

Quien desde una mesa contigua les oyese tres ó cuatro veces pudiera creer que sus temperamentos eran de idéntica naturaleza artística; pero quien se fijase bien, antes que en lo que decían, en el modo de decirlo, no podría engañarse. Mientras hablaban tranquilamente sus inteligencias parecían gemelas, mas cuando se animaban discutiendo, al calor de la disputa, sin miedo á testigos, y en el seno de la confianza, la espontaneidad surgía de improviso dibujando con trazos enérgicos su doble y contraria índole moral; del fondo de su ser, de lo más recóndito de su corazón, brotaban frases no pensadas, juicios rápidos, impresiones del momento, antes sentidas que razonadas, rasgos de carácter y chispazos de alma en que se retrataban con fidelidad maravillosa.

Tratando de sus planes y proyectos apenas se revelaba su distinta predisposición de espíritu; solían escapárseles protestas de modestia fingida, arranques de amor propio, pero la ilusión y la esperanza teñían sus ideas de matices análogos. Fuera de esto, todo era referirse y consultarse asuntos para libros ó dramas, episodios reales y otros motivos de inspiración en que imaginaban fundar lo que iban á escribir.

Refiriéndose á lo propio, á los engendros de su fantasía y su entendimiento, eran más ó menos poetas y más ó menos vanidosos, pero principalmente artistas. Cuando había que oírles, porque entonces se dibujaban sin darse cuenta de ello, era comentando y apreciando al trabajo ajeno. La novela recién publicada, el drama visto estrenar la víspera, la poesía leída sobre la mesa del café, entre sorbo y sorbo, venían á ser las piedras de toque donde se probaban la calidad de su ingenio, los grados de su buen gusto, la extensión de su cultura y hasta la delicadeza de sus sentimientos.

Tomás leía ó veía representar las obras literarias sin preocupaciones ni prejuicios; no había para él tendencia mala ni escuela buena en absoluto; fiábase solo de la emoción artística que experimentaba; hallando belleza, por muy idealizada que estuviese ó por muy imitativa que fuese, sentía placer, se identificaba con el espíritu del autor, amoldábase á su propósito y despreciando los errores menudos y las intermitencias de inspiración, atendía solo á las cualidades buenas ó sobresalientes, mostrándose partidario de juzgar á cada escritor, no con arreglo á sus equivocaciones y descacimientos, sino según lo más afortunado que brotó de su pluma. Con sensibilidad exquisita percibía lo bello, atisbándolo por oculto que estuviese, y una vez sentido, no eran poderosos á borrarle la impresión recibida los errores ulteriores. Lo que de un libro y un drama quedaba grabado en su memoria era lo que pudiese dar más alta idea del talento que lo había engendrado: de cada artista lo mejor. De esta suerte su criterio pudiera tal vez ser tachado de benévolo, pero no se cuidaba de ello, sosteniendo que no hay labor humana que resista al afán de encontrarle defectos. La facultad de sentir y asimilarse lo bello era en él superior á la potencia analítica que pretende desmenuzar y aquilatar lo que ha sabido conmovernos. Para él lo malo y desacertado de una obra artística era letra muerta, trabajo perdido, cantidad despreciable, como dicen los químicos: de lo malo no quería hablar; lo bueno, en cambio, le parecía imperecedero y á todas horas digno de elogio. De unos poetas admiraba la forma, de otros la intención, y con admirable inconsecuencia era clásico, naturalista ó romántico, según las vibraciones causadas en su alma por el artista á cuya inspiración se entregaba.

Jaime sentía y juzgaba de distinto modo. Imaginando tener ideas fijas, alardeaba de severidad de juicio, de unidad de criterio, y todo lo sometía á patrones, fórmulas y raseros que inconscientemente modificaba, porque jamás halló obra de arte que se amoldase á un sistema. En su afán de razonarse la emoción que recibía, á fuerza de querer analizarla, acababa desvirtuándola, haciendo con las ideas como los botánicos con las flores cuando para clasificarlas las disecan robándoles el color y la frescura. Su espíritu, si tal podía llamarse aquel ánimo apercebido contra toda impresión grata, llegó á no saborear lo bello en fuerza de pretender explicárselo. Su preocupación única era descubrir defectos: los pla-

nes de las obras le parecían disconformes con su finalidad, los desarrollos lógicos, la forma viciosa. Otras veces le acometía la fiebre de hallar en cuanto leía falta de originalidad, creyendo sorprender, cuando no robos y plagios, imitaciones y reminiscencias. Así fué cayendo en la manía de escudriñar errores, poner en claro inconsecuencias y socavar reputaciones. Cada libro cuyos pliegos abría con la plégera, cada obra cuyo estreno presenciaba en el teatro, era para él como una cacería intelectual en busca de torpezas y descuidos: olfateaba lo malo, lo débil le saltaba á la vista, y en cambio lo vigoroso y lo bueno pasaban ante su entendimiento sin dejarle rastro de placer en el alma. Poco á poco se le agrió el carácter, costóle trabajo confesar el mérito de lo que le agradaba, se acostumbró á contrapesar con censuras los elogios, y sin darse cuenta de ello convirtió la crítica en sátira, y la sátira en mordacidad, hasta deleitarse más en el hallazgo de lo feo que en la contemplación de lo grato.

Para Tomás, el estudio del trabajo ajeno era un goce y un estímulo: para Jaime una causa de pena y desaliento.

Tomás escribió una comedia. El fruto de sus lecturas, la observación de la realidad, el estudio de las obras que más honda impresión le habían causado, y sobre todo, su buen gusto, produjeron tres actos hermosísimos, admirablemente planeados, en cuya acción intervenían caracteres llenos de vida, con situaciones de verosimilitud indudable, y escenas dialogadas con ese arte maravilloso en que se confunden la verdad que es imitación y la inspiración que es poesía.

Pero á Tomás le faltaban protectores y amigos. Cuanto hizo para ver puesta en escena su comedia fué inútil. En vano recorrió despachos de directores, casas de empresarios y cuartos de cómicos: no hubo quien le prestase oídos, y al cabo de cuatro ó cinco temporadas, durante las cuales anduvo de saloncillo en saloncillo y de escenario en escenario ofreciendo la obra, perdió la esperanza de verla representada. No por vanidad, sino por ese íntimo convencimiento del acierto que en el ánimo del artista deja el trabajo bien hecho, Tomás sabía que la comedia era buena, que no le había faltado ingenio, sino ayuda, y esta misma persuasión le hizo descorazonarse hasta tal punto, que dejó de escribir.

De allí á poco, reveses de fortuna variaron el rumbo de su vida, tuvo que pretender un empleo, se le dieron con residencia en Ultramar y se embarcó en Cádiz, dejando á Jaime confiada la comedia por si algún día lograba que se pudiese en escena.

Al año siguiente, Tomás murió en la Habana casi por los mismos días en que la caprichosa fortuna comenzaba á proteger á Jaime. Merced á sus amores con la hermana de una cómica logró fácil acceso en los teatros, fué poco á poco introduciéndose en tertulias y corrillos de literatos, se dió por amigo de unos y por adversario de otros, habló mal de muchos escogiendo la ocasión, y sin haber hecho nada para merecer el nombre de escritor, consiguió que los apocados le temieran, que los débiles le adularan, y que todos le llamasen compañero. Entonces le acometió el deseo de ser autor dramático, y acordándose de la comedia de Tomás, resolvió aprovecharse de aquel trabajo que no tenía dueño. Y una noche, solo en su cuarto, casi temblando, porque su conciencia le gritaba que iba á cometer un robo, sacó la comedia, la leyó, y con gran asombro suyo le pareció admirable. Para confirmarse en su opinión, tornó á leerla, mas ya no le hizo buen efecto: indudablemente no pasaba de mediana. En la tercera lectura quedó persuadido de que la obra era mala: por último, repasó algunas escenas sueltas y le resultaron detestables. El primer acto era confuso, el segundo lánguido, el tercero falso. Lo único bueno era el asunto, es decir, lo que á cualquiera se le ocurre. Resuelto á aprovechar la idea que Tomás desperdió, puso manos al trabajo. Cada día lo veía más claro: el punto de partida era soberbio; lo que exigía modificación era el plan, y luego era necesario escribir nuevamente los tres actos... «porque el pobre Tomás dialogaba muy mal.»

En dos semanas transformó la comedia.—«Ahora es otra cosa»—se dijo con orgullo al escribir la última cuartilla, y pensando compasivamente en su amigo añadió: «¡pobrecito! no le llamaba Dios por este camino.»

Al mes siguiente, gracias á las protectoras gestiones de la hermana de su amada, Jaime vió en la tablilla de ensayos el anuncio de su obra.

El estreno fué la grito más estrepitosa que se recuerda en Madrid. La comedia, que era esencialmente dramática, hizo reír mucho. El acto primero pasó; en el segundo las situaciones culminantes se oyeron entre carcajadas; á la mitad del tercero hubo que bajar el telón. El vulgo salió diciendo: «¡qué cosa tan mala!» los inteligentes se quedaron pensando: «¡lástima de asunto!»

Jaime, corrido y avergonzado, se escapó por una puerta que daba á un callejón. Aún no se había alejado cien pasos del teatro cuando oyó que alguien que iba tras él le llamaba á voces por su nombre. Paróse, esperó, y dejándose alcanzar dijo al que venía siguiéndole: —Buenas noches, Perico.

Era Perico Darro, aquel chico granadino, listo, y tan amigo de decir verdades.

—Pero, hombre, ¡cómo lo siento!—exclamó éste aludiendo al fracaso—¡qué mal rato he pasado, y qué mal han hecho la comedia! ¡Vaya un degüello!

Jaime, avinagrado y nervioso, repuso:

Alrededor del mundo

SUMARIO

Los días críticos de 1894.—Una caída del profesor Falb.—Invento torero de un francés.—El agua de colonia como medicamento.—No más catarros.—Investigaciones sobre la materia.—La ropa y el frío.—El banquete del Club de los Trece.

El profesor Falb, célebre por sus predicciones de terremotos, está causando mucha inquietud en Austria con el anuncio de «días críticos» para el año de 1894, en que acabamos de entrar.

Por «días críticos» quiere decir el astrónomo vienés aquellos en que han de ocurrir tempestades violentas, ciclones ó terremotos.

La lista, por orden de intensidad de los fenómenos, es como sigue:

30 de Agosto, 29 de Setiembre, 20 de Febrero, 21 de Mayo, 1.º de Agosto, 6 de Abril, 21 de Enero, 5 de Mayo y 28 de Octubre.

Las profecías de Falb han resultado casi siempre ciertas hasta ahora, y son raros los «días críticos» pronosticados por él en que no han ocurrido graves fenómenos seísmicos en alguna parte del mundo. Su teoría es que el interior de la tierra está lleno de una masa ígnea sujeta, como el mar, á la influencia de la luna, y que se encrespa tormentosamente en la conjunción de ciertas influencias planetarias, produciendo terremotos. Así explica como puede predecir casi con seguridad las fechas de estos desastres.

Ahora, sin embargo, Falb ha dado una gran caída. Afirmó hace algún tiempo que el día 13 de Noviembre de 1899 la tierra correrá un grandísimo peligro, y probablemente tendrá que lamentar inmensa catástrofe, porque en ese día chocará con ella un cometa descubierto en 1866. Con motivo de esta afirmación todos los astrónomos de Austria y de Alemania se revuelven contra Falb, tachándole de aficionado en demasía á dar noticias de sensación, y demostrando que el choque anunciado es sumamente improbable, y que, caso de ocurrir, no hay quien pueda saberlo de antemano, pues se trata de un cometa cuya marcha no se conoce.

Los ganaderos y los aficionados á toros están de enhorabuena: de hoy más sólo habrá toros perfectamente armados, con la cuerna en la dirección que pida el congreso de matadores que al efecto puede reunirse.

Resultado tan maravilloso se consigue gracias á un aparato sencillísimo, invento—¡quién lo diría!—de un francés que se llama Marcelin. Forman el aparato unos moldes de madera marcando la forma y la dirección que han de tener los cuernos, y se sugetan por medio de correas sobre la testuz del becerro cuando los pitones no tienen todavía más que unos diez centímetros de longitud.

Si la importación de las corridas de toros en Francia ha calentado ya allí el cerebro de los inventores, imagínese lo que sucedería en cuanto se diesen media docena de becerradas en los Estados Unidos.

El agua de colonia acaba de adquirir carta de naturaleza en medicina como gran remedio para toses y resfriados; se la ha dado no hace muchos días ante la Sociedad Médica de Lyon un profesor que disfruta de mucha fama en Francia, Mr. Roux.

El procedimiento es echar un chorreón de agua de colonia en un pañuelo tan pronto como se sienten las primeras señales de un catarro ó de un resfriado, y aspirar fuertemente el olor varias veces al día, resistiendo todo el tiempo que se pueda hasta que se haga insoportable la sensación de ardor en la garganta; las aspiraciones deben practicarse por nariz y boca, y se observará el fenómeno de que la inflamación de la laringe y la faringe se acaba antes que la de las membranas de la nariz, lo cual demuestra que, contra la preocupación general, es más fácil curar un catarro que un resfriado.

Para obtener este mismo resultado venían empleándose las inhalaciones de alcohol, amoníaco, iodina, antipirina, salol, ácido salicílico y hasta el jugo de limón; pero ninguno de ellos daba resultado satisfactorio para la tos, y además irritaban demasiado las membranas nasales. Mientras que Mr. Roux declara que con el agua de colonia ha curado en veinticuatro horas catarros acompañados de algo de fiebre, escalofríos, dolor de pecho y ronquera, sin emplear otro tratamiento que el de acudir pronto y que el paciente aspirase con fuerza, y durante dos ó tres minutos cada vez, y cinco ó seis veces al día, vapores de agua de colonia.

¿Cuál de las numerosas sustancias que entran en la composición de este perfume es la que produce efecto en las membranas del aparato respiratorio, y de qué mane-

ra acciona sobre ellas? El Dr. Roux no lo sabe todavía, pero espera que los experimentos que está haciendo para descubrirlo se lo revelen. Mientras tanto, bueno es conocer esta excelente propiedad del agua de colonia.

Propio también de la estación presente es el estudio publicado en la revista *Nineteenth Century* sobre la protección contra el frío.

La teoría que sirve de base al artículo es la exactísima de que la ropa no sirve para crear calórico, sino para conservar el que irradia del cuerpo.

Partiendo de tal principio deben tenerse presentes las reglas siguientes para conseguir un abrigo eficaz:

Varias telas abrigan más que una sola, aun cuando ésta sea más gruesa que la suma del espesor de las demás.

Las prendas algo sueltas protegen mucho más contra el frío que las que se ciñen demasiado al cuerpo.

La lana es la materia que conserva más el calor, aunque su tejido sea más claro y más delgado que los de algodón ó hilo.

Una alimentación nutritiva y un ejercicio saludable son los mejores generadores de calórico y valen por toda una carga de ropa.

Los mozos de comedor bizcos han estado en gran demanda en Londres estos días. Es que el Club de los Trece, sociedad que no tiene nada que ver con *Los trece* de Balzac, festejaba dignamente y con arreglo á sus tradiciones la entrada del año nuevo.

Para ello dispuso un banquete que se habrá celebrado anteayer 13 en el salón número 13 de uno de los principales restaurants de Londres. El programa ordenaba que se sentasen 13 socios á cada mesa; que sirvieran 13 criados bizcos y 13 tuertos; que la sal se colocara derramada sobre el mantel y no en saleros; que se vertiese un poco de cada botella antes de servir el vino; que los pescados fuesen anguilas y angulas, y uno de los platos de dulce figurase un nido de serpientes; que los vinos llevasen 13 años embotellados... y no recuerdo cuantas cosas más, todas ellas encaminadas á demostrar que el Club de los Trece se compone de gente alegre que se rie de preocupaciones.

La gran dificultad estaba en hallar 13 mozos de comedor bizcos y 13 tuertos; pero se le dió carta blanca al dueño del restaurant, éste puso anuncios en los periódicos y es de suponer que haya encontrado los 26 azarantes que deseaba el club.

Habrá presidido el banquete Harry Furniss, uno de los caricaturistas más célebres de Inglaterra.

WANDERER.

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

Parece que ya se ha encontrado la planta que hace reír, la que, según Homero y Pausanias, producía la alegría y el buen humor.

Esta planta es el *ranunculus bulbosus*, de Linneo, una de las más venenosas que se conocen. Las personas que absorben algo de esa planta parece que se rien á carcajadas á causa de contraerse los músculos de la boca. Luego sobreviene la muerte.

Según la *Electrical Review*, de Nueva York, las voces femeninas alcanzan á menos distancia por teléfono que las masculinas, por lo cual en las estaciones que tengan que comunicar con otras muy lejanas, los hombres prestarán el servicio para que éste no se resienta.

Para calmar el oleaje del mar, sólo se necesita una insignificante cantidad de aceite. Se calcula que un litro de aceite de colza basta para apaciguar una superficie agitada de 19.000 metros cuadrados.

Las serpientes venenosas y otros animales daninos han ocasionado en 1892, en la India, la muerte de 21.988 personas y de 81.668 cabezas de ganado.

Los indios destruyeron en ese año nada menos que 84.789 serpientes venenosas.

El Congreso de horticultores últimamente celebrado en Chicago ha dispuesto fundar una sociedad internacional de horticultura, cuyo fin principal sea facilitar el cambio de plantas, granos, semillas, etc., entre los horticultores de diferentes países.

MADRID.—1894

Cromotipia y fotograbado de L. R. y C.ª, S. Bernardo, 69.

Tirado en máquina cromotípica rotativa Marinoni.

TINTA LORILLEUX

Imprenta de EL IMPARCIAL á cargo de Angel Garcia

—Falta de ensayos y secretos de bastidores: á los autores de la casa no les convenía que echase raíces uno nuevo. Ya habrás notado que en el acto segundo, cuando muere la condesa, las carcajadas no fueron del público, sino de las filas de atrás, de la gente de la casa.

Anduviéron largo trecho silenciosos: Jaime deseando quedarse solo, y Perico impaciente por decir lo que no quería callar.

Por fin se paró de pronto bajo un farol preguntando con descaro á su amigo:

—Pero... vamos á ver... la verdad... ¿Esta comedia no es la del pobre Tomás, aquella que nos leyó hace dos ó tres años en su casa? Es decir, aquella reformada y variada por tí.

Cogióle á Jaime aquello tan de sorpresa que no pudo negar, y tímidamente repuso:

—Según... es... y no es. Aquello era detestable: ya te acordarás. No tenía pies ni cabeza... como que no hubo quien quisiera representarla. Si: la idea es la misma, pero el desarrollo, el plan, los caracteres, todo lo demás es mio. Tomás no servía para esto.

Ante aquel arranque de soberbia, Perico Darro, que gozaba con decir verdades á necios, se echó á reír insolentemente dirigiendo á Jaime estas palabras:

—No, hombre; no. Estás equivocado. La comedia de Tomás era preciosa; y tú la has echado á perder.

—¡Yo!

—Es decir, tú precisamente no, sino la pícara envidia que algunos lleváis dentro sin saberlo: sí, la envidia, ténia del alma, hija espúrea del amor propio, que asesina el trabajo ajeno cuando no puede gozarlo.

Jacinto Octavio PICÓN.

EN BROMA

Todo el odio que profesábamos al infiel marroquí se ha convertido en afecto dulce y blando, por orden del gobierno.

Hasta hace pocos días nuestro patriotismo nos obligaba á gritar ¡Sus! ¡A la pata! siempre que ofamos hablar de los rifeños; ahora tropezamos en la calle con el moro de las babuchas y le estrechamos contra nuestro corazón, depositando un ósculo fraternal en sus mejillas.

La diplomacia nos impone el deber de considerar á los moros como si fueran personas de nuestra familia, y aun es probable que se nos obligue á mantenerlos. El mejor día llegan por ahí abajo unos cuantos moros excursionistas, y el alcalde, por indicación de Moret, los aloja en nuestras casas y nos obliga á que les llevemos al teatro y les afeitemos.

Hay quien asegura que el Sr. Moret le ha pedido pelo al príncipe Araaf para mandarse hacer una sortija.

Ya se conoce que tenemos tenientes de alcalde nuevecitos. La policía urbana dejaba mucho que desear; pero ahora... ahora da gusto.

En cuanto caen cuatro gotas ya no se puede transitar por esas calles de Dios; los carboneros descargan su mercancía cuando les da la gana, difundiendo por los ámbitos de la población el dulce polvillo negro mate; los barrenderos hacen la limpieza á la hora de mayor tránsito; los vecinos depositan la basura en el arroyo cuando mejor les parece, y hay aceras por donde no se puede transitar por impedirlo las cestas de besugos putrefactos que expenden algunos pescaderos.

Pero esto no impide que los tenientes de alcalde luzcan unos bastones hermosísimos. Hay uno, sobre todo, que más que bastón parece un taco de billar con borlas, y es lo que dice el interesado:

—Ya que el bastón no me sirve para nada, quiero a menos que se vea.

Han comenzado los bailes de máscaras. Un joven provinciano, de la clase de calaveras locales, que registra en su historia la seducción de una titiritera y el rapto de una característica viuda, acudió la otra noche á la Zarzuela en pos de aventuras aristocráticas.

—Mascarita ¿quieres bailar?—preguntó á una joven incógnita.

—Bueno—dijo ella.

Y se lanzaron al baile con desenfreno. Después él la condujo al *restaurant*, henchido de dulces ilusiones.

—Ya se nota que eres una persona distinguida—la dijo amorosamente;—pero no rechazarás mi convite ¿Qué quieres tomar, preciosa niña?

—Pues *misté*—contestó ella.—Si hay callos que los traigan, y todo lo demás que tenga Vd. intenciones de gastarse, me lo da Vd. á mí y es lo mismo.

Hace unos días que no se habla de los corchos, pero se hablará, Dios mediante, hasta conseguir la aprobación del tratado con Alemania.

En cuanto se reúnan las Cortes volverán á bullir los taponeros y acabarán por colocarnos un tapón en la boca del estómago.

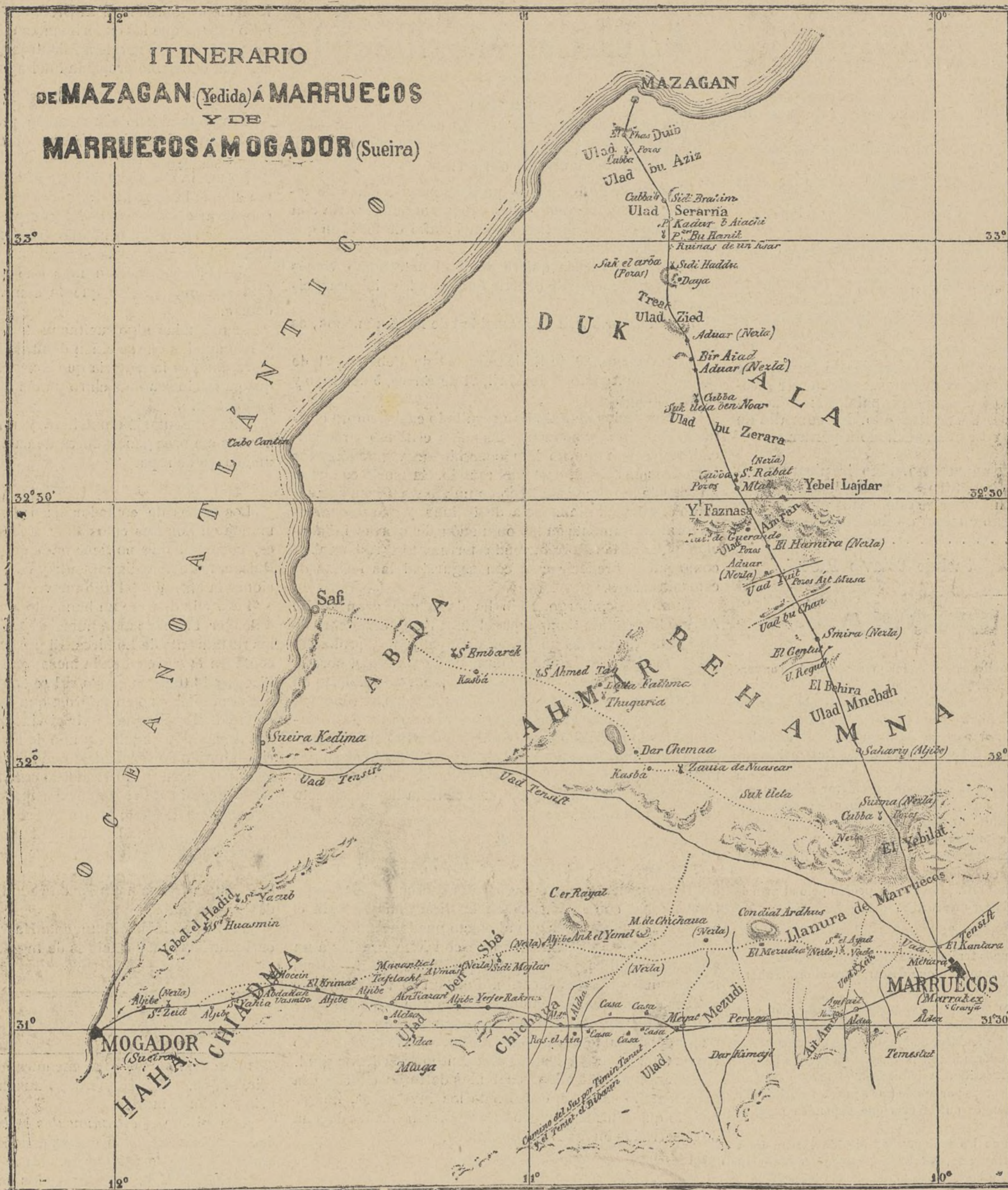
Pero si el tratado no rige aún, tenemos, en cambio, el *modus vivendi* con Francia, que es morrocotudo.

Hablando de él me decía el comerciante Ferrándiz:

—Eso no es *modus vivendi*, eso es *modus fastidiandi*.

Luis TABOADA.

Ayuntamiento de Madrid



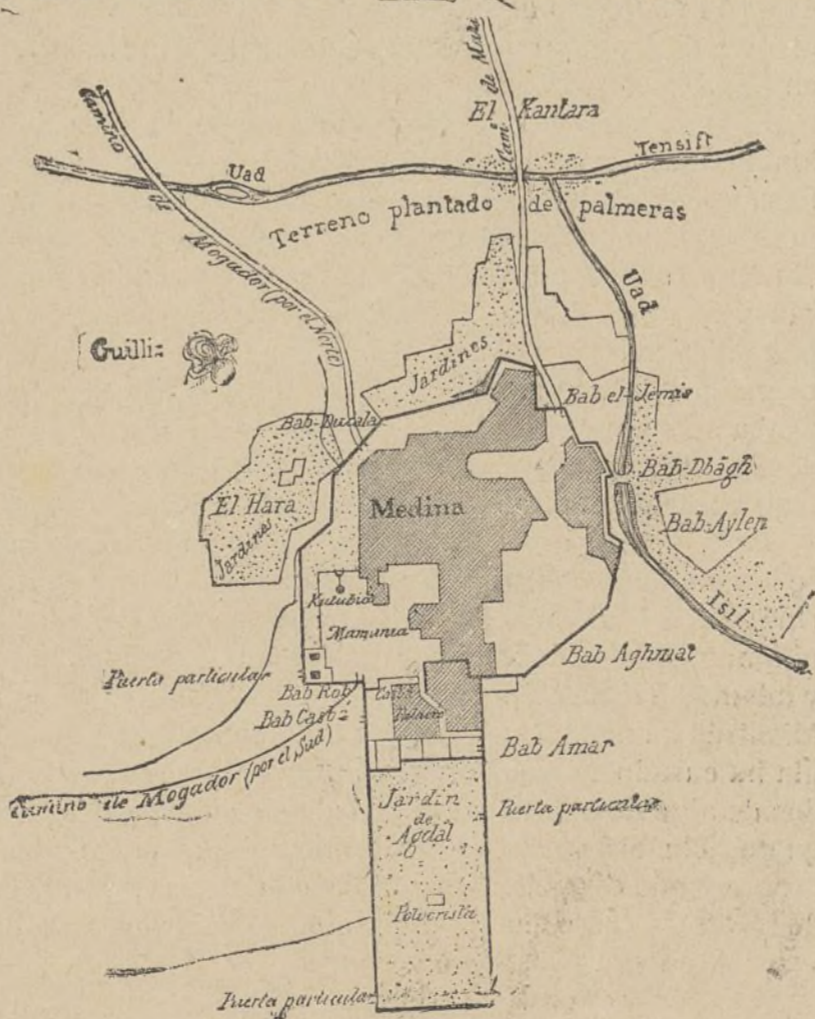
PLANO DE MARRUECOS

DE MAZAGÁN A MARRUECOS

Creemos de interés la publicación de un plano en el que se modifique el itinerario de Mazagán a la capital del imperio marroquí.

Este itinerario nos ha sido facilitado por la acreditada casa El Progreso Editorial y está hecho con datos recogidos sobre el mismo terreno. Constan en él las indicaciones necesarias para seguir las diferentes etapas del viaje.

El Dr. Marcet, que fué como cronista de la embajada francesa de 1882, ha escrito un curioso relato del viaje. El libro en cuestión ha sido publicado por El Progreso Editorial y forma parte del volumen el exacto plano que hoy insertamos.



MARRUECOS

Del mismo libro antes citado forma parte este plano de la población de Marruecos, el más perfecto de cuantos hasta ahora se han hecho.

Marruecos es la ciudad esencialmente fanática del imperio. Su ciclopea mezquita de los Kotubia recuerda la antigua grandeza de la ciudad, emporio hace siglos del saber musulmán.

Hoy no queda nada de tanta gloria. Sólo permanece en pie la mezquita edificada á expensas de los libreros (los Kotubia), cuya torre de 200 metros de altura es pasmo de cuantos la contemplan.

La barbarie la miseria han hecho de la que ciudad ilustre, antro de barbarie y salvajismo.